

*Y mientras luzcan su brillante bebbura  
Tu clamide y mis galas imperiales,  
Nuestras canciones rasgarán la altura  
Como alaje de condores triunfales.*

*Serán cual ondas de cendal brillante,  
Suelto al aire, entre bálanos y effusias,  
De nuestras glorias el peñón flotante,  
Mis trenzas negras y tus bucles rubias.*

*Y encendiendo los multos arrebales  
Con nuestros rayos, fuerles y secundos,  
Viviremos los dos como dos solas  
Alumbrando las almas y los mundos."*

La influencia del aeda de "Cantos augurales" se descubre fácilmente en este poema. El nuevo modo no fué abandonado más por nuestra poetisa. Pero es evidente que de la lírica humanista, rebelde, revolucionaria y futurista, ella sólo adoptó para sus cantos el aspecto puramente artístico, simbólico y verbal. En este sentido pudiera compararse a una de esas mujeres inspiratrices que el ensayista galo coloca frente a los bardos anunciadores. No corre nunca por la incendiada arteria de sus versos el dinamismo de la acción, ni el verbo de la proclama o de la arenga. Jamás divisaremos en el horizonte de su pensamiento, a la llama tumultuosa de una Jorge Sand, ni bajo la corriente de su estrofa el

reclamo de una reivindicación, como en Ada Negri. Se diría una estatua de mármol o de bronce, en la que canta un corazón de mujer. Estatua imperturbable bajo un cielo pagano, a la que el cristianismo hubiera animado con un soplo celeste. Porque María Eugenia Vaz Ferreira, que fué cristiana y católica por educación, por convicción filosófica y fe religiosa, supo también aventurarse en el enorme piélagos de las antiguas fábulas, y llegar a golpe de remo y de pasión, a todas las riberas de los viejos símbolos, confundiendo su espíritu en la gran muchedumbre de los mitos.

"Fuego y mármol", hubo de llamarse su nunca llegado libro, título fiel a la dualidad de su número, tan presto para precipitarse en la hoguera del sacrificio, como para confundirse con el bloque luminoso y sereno. La "Isla de los Cánticos" era otro de los nombres preferidos, no menos hermoso y evocador que el primero. Pero más bien que la isla maravillosa que en el poema de Camoens extrae Cipris del seno del océano: oasis del beso, hogar de Tethys y la paloma venusina, teatro de la fiesta dionisiaca, puerto feliz de los bateles floridos, más bien que esta isla de encanto, fuera la suya la turbadora que pintara Boecklin, alucinante de Nereidas y negra de peñascos.

Nueva corroboración ésta del paradójico y providencial consorcio que Gabriel Alomar estudiara en uno de sus ensayos titulado "El Helenismo de los románticos" por gracia del cual se unen Fausto